

de los cielos; como el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada Santa Victoria, cubierta con la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre; y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; España los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo. »

Yo perfectamente sé cómo esta maternidad social es más dolorosa que la maternidad natural, y no encuentra, en compensación á sus dolores, ni siquiera el amor de los por ella generados. Como la Iglesia maldice de la Sinagoga que le ha dado vida; como la revolución maldice de la Iglesia, en cuyos Evangelios ha encontrado los principios de libertad y de igualdad, por los cuales consumara extraordinarios sacrificios; como el mundo latino incendia y tala el mundo griego, á quien sigue y copia; como el mundo germánico reniega del mundo latino y se proclama su azote, mientras le plagia desde su religión hasta su lengua; en cumplimiento de leyes nunca desmentidas, América maldijo por espacio de una centuria entera, sin piedad, á su alma y cuasi divina madre, la inmortal España. ¡Cuán injustas las maldiciones que se lanzan, y cuán apasionados los juicios que se forman al siniestro resplandor del odio sentido por las especies sociales contra sus padres cuando se creen llegadas á la hora de huir del hogar paterno y realizar su natural emancipación! ¡Como atribuían los primeros romanos; acaparadores de Grecia, la corrupción subsiguiente á tal hecho, corrupción que se metió en sus huesos por internas relajaciones del organismo propio, á la próspera conquistada Musa, cuyo genio les inspiró todas sus artes y toda su literatura! ¡Con cuál furor procedieron los primeros

cristianos contra las estatuas griegas, por simulacros de los vendidos dioses, cuando adornan el planeta con sus armoniosas líneas, parecidas á compendios de la geometría celeste y lucen sobre sus cabezas esféricas las llamas del humano ideal! ¡Qué injusto el Renacimiento, por clásico y casi pagano, con las catedrales góticas, aunque símbolos en sus arcos ojivales de la Trinidad, aunque aromadas á los rezos de cien generaciones diluídos en sus atmósferas de incienso, aunque por el éter increado esclarecidas en aquellos vidrios multicolores que parecen iris de ideas puestos en los místicos rosetones y en aquellas lámparas que parecen estrellas errantes volando á buscar su luz en los espirituales resplandores del santuario! La filosofía enciclopédica mostró, al juzgar el dogma cristiano, injusticia idéntica con la mostrada por el Renacimiento al juzgar el arte católico, no obstante haber sido el dogma una inflexible aplicación á la moral y á la fe de todo cuanto pensarán y dijera las antiguas ciencias profanas. Pero así es el mundo y no hay medio alguno de contrastar sus leyes. Necesitadas las instituciones de diferenciarse, tienen que definirse, y al definirse, necesitadas para su definición de convertir las generaciones que les han precedido en enemigas y contrarias que las han atormentado, les arman una guerra de separación, en la cual, como en todas las guerras, no busques ni un escrúpulo de justicia. Por un movimiento natural forzoso, América tuvo que separarse de nuestra España, como se apartó Grecia de Frigia, donde habían sus dioses nacido; como se apartó Cartago de Fenicia, que le diera el espíritu de su alma con la sangre de sus venas; como se apartó España misma de su madre Roma, no obstante haberse visto con poetas como Lucano, y cónsules como Balbo, y trágicos y filósofos como los dos Sénecas, y satíricos como Marcial, y maestros como Quintiliano, y ciudades como Córdoba, Hispalis, Toledo, Mérida, Zaragoza, Cádiz, y emperadores como Trajano y como Teodosio, unida consustancialmente á la Ciudad Eterna. Pero no pueden tales apartamientos de hogares mutuos y tales separaciones de cuerpos

respectivos en el mundo social realizarse y cumplirse jamás sino por medio de rompimientos terribles, los cuales evaporan espesas nubes henchidas de sangre. En nuestra especie, un hijo pide la bendición de su padre al constituir la nueva familia, y en las especies sociales, el hijo que se constituye independiente, maldice impío al padre que lo ha engendrado, y además de maldecirlo sin entrañas, lo combate sin tregua, mientras cree insegura ó incierta su deseada emancipación. Examina los apellidos de aquellos que separaron en los empeños por la independencia de América, esos hogares de nuestros hogares, y verás que los Bolívares, los Itúrbides, los Egañas, los Hidalgos, pertenecen á las clases y á las regiones más conservadoras de nuestra España, hijos de nuestros magistrados y de nuestros gobernadores en su mayor parte, oriundos del hogar vasco, que se cree y proclama el más antiguo y genuino de todos nuestros solares. En la independencia del mundo americano sajón hubo de contrario á la Metrópoli aquella tribu ilustre, los republicanos evangélicos, que había huído de los Estuardos como huyera Moisés de los Faraones, y que había fundado antes de la guerra una república cristiana, punto de apoyo legítimo quizá á su emancipación; pero en la emancipación de los nuestros no hubo tal cosa, la comenzaron y la concluyeron los españoles más netos: que por tan lógica é indispensable la tenían.

Pero estos terribles sacudimientos sociales traen consigo aparejados odios cuya intensidad no podéis disminuir y cuyo fuego no podéis apagar en los primeros instantes sucesivos á la volcánica explosión. España no podía conformarse con tanta facilidad á perder la material tutela sobre sus hijos predilectos; y estos hijos predilectos no podían perdonar á España el empeño suyo en sostener allende lo que creían el término de su minoridad, poder y gobierno tan repulsivos á ellos como al mozo la dulce lactancia, gustada y relamida del niño. Resultado natural á semejante angustiada y triste situación, fué aquí en España una serie de reacciones lógicas hacia el restablecimiento de su

antiguo poder, como hay en América otra serie de rompimientos cruentísimos con la madre patria, sustentados por maldiciones á su nombre y á su historia, tan excesivas y exageradas como todas cuantas sugiere la guerra. De aquí una mala inteligencia que ochenta y más años perdurara entre los destinados á cumplir la independencia y los destinados á resistirla. Mas el tiempo creador, en su movimiento eterno, y el espíritu humano, en sus evoluciones lógicas, han poco á poco ido cambiando las ideas, y las ideas los sentimientos, y los sentimientos las costumbres, y las costumbres los ánimos, y los ánimos la política intercontinental. Merced á estas fuerzas universales, ha comprendido España que no debe intentar cosa ninguna, ni en sueños, contra la independencia de América; y ha comprendido América que todos los adelantos fisiológicos, etnoiógicos, científicos de todas clases, así como todos sus intereses continentales, tan varios y complejos, la obligan á creerse consustancial con España y á tomar como una dilatación de la vida española su propia vida en el nuevo continente. Cual en el campo de batalla los huesos de amigos y enemigos muertos á los sendos encarnizados odios juntan sus átomos y los transfunden á las fibras de los mismos vegetales y á las plumas de los mismos pájaros, trocándolos en deleitables efluvios de suavísimos aromas y en músicas escalas de enamoradas notas; en el seno de la historia las ideas contrarias forman unas síntesis, y los dioses enemigos unas religiones, y los pueblos en guerra unas alianzas, de las cuales el humano espíritu vive y en las cuales se determina el universal progreso. Nunca se dijo cosa tan profunda como aquella proclamación de la tricotomía del humano pensamiento, que resulta de superior armonía entre principios contrarios, los cuales entran en esa trilogía lógica que preside al universo visible, como preside al universo invisible la Trinidad cristiana. Con estas contradicciones armonizadas tropezáis á cada paso en la vida; como que se hallan reconciliados en ella el amor y la muerte. Así, las almas profundamente piadosas asisten con tristeza interior á una boda.

porque sólo engendra mortales el amor, y con una conformidad interior á los entierros, porque sólo engendra inmortales ¡ah! la muerte. ¿Cómo hemos de maldecir nosotros á los pueblos americanos, cuando el sentido moral y el sentido común de la humanidad llaman de consuno, con razón, pecados españoles á sus pecados, y cómo han de maldecir los pueblos americanos á su madre gloriosísima España, sin declararse con ello los bastardos y los expósitos de la historia? Así tenemos que celebrar el descubrimiento de América unidos, y así nos coge reconciliados este trascendental hecho de la común vida patria. Pero nada se consiguiere sin la corriente de simpatías promovida por previsores publicistas españoles hacia un reconocimiento y hacia un olvido; hacia el reconocimiento ahí de que las instituciones modernas estaban en el germen de los municipios por nosotros sembrados, así como en toda nuestra incomparable legislación de Indias; y hacia el olvido, aquí, no ingrato, necesario, de que fuéramos, amén de sus padres, un día sus tutores y curadores en la indispensable minoridad social, quedándonos ahora en la mayor edad y en la emancipación inevitables, con el título primero, con el título amantísimo y el poder moral de verdaderos padres. Permíteme ufanarme de todo cuanto hice yo para prosperar este resultado, escribiendo, con la sola interrupción de mi fugaz y tormentoso Gobierno, treinta y ocho años consecutivos en los principales diarios hispano-americanos, La Tribuna, El Siglo, La Nación, El Mercurio, El Monitor Republicano, El Mercantil y tantos otros, para demostrar á los españoles que la república y la independencia son incontrastables ya en América, y á los americanos, que para quitarse á España de su alma necesitarían quitarse de la conciencia su religión, del arte sus más resonantes cuerdas, de la vida sus costumbres más piadosas y amadas, de la memoria sus tradiciones más santas, del cognomen los apellidos paterno y materno, del pródigo labio la más hermosa entre todas las lenguas modernas, de la nobleza etnológica y fisiológica esta pura sangre nuestra que animara tantos héroes y ge-

nios, así como de la nobleza moral y secular una historia, donde consta cómo España engrandeció los mares con sus esfuerzos, é iluminó, como Dios, el cielo con nunca vistas estrellas.

No debemos olvidar en modo alguno, amigo del alma, cuánto han cooperado á esta obra de nuestra salvación muchos escritores hispano-americanos, los cuales han tenido á honra ostentar su ascendencia española, y muchos plenipotenciarios, los cuales han venido llamando ante las personificaciones y los poderes de nuestro Estado, á España, en oficiales actos, la bendita madre patria de su gente y de su territorio: esfluvios misteriosos intelectuales y morales, penetrantes, como los esfluvios magnéticos, por modo misteriosísimo, en la red nerviosa nuestra, y produciendo afectos de paz que traen y determinan la reconciliación y la concordia. Muchísimos conozco; pero me abstengo, por la copia misma del número, me abstengo de nombrar á ninguno. Bien es verdad que hay un factor de inteligencia y alianza, en cuyo bendito influjo no caen la mayor parte de los escritores, y que, sin embargo, lo ejerce por tal modo constante y beneficioso, que guarda la patria Vesta y el fuego á su culto consagrado, con una inviolable fidelidad, lo cual debe darnos á todos los españoles maravilla y hasta envidia. Hubo un tiempo en que, dominante la reacción entre nosotros, y de pie aún las instituciones antiguas muy erguidas, la intolerancia religiosa y la monarquía semiabsoluta y el censo restringido y la censura en todos sus aspectos, existía una falta de inteligencia entre las Repúblicas americanas, de unas constituciones políticas tan avanzadas en su letra, y las colonias españolas de ellas, que, por amarlo todo en su patria, se creían obligadas á querer hasta sus leyes más abusivas y á defender hasta sus más tiránicos gobiernos. Pero ahora que hacemos nosotros raya en materia de libertad y democracia, pudiendo apostarnos á libres, no sólo en las leyes, en las costumbres, con todos los pueblos del viejo y del nuevo mundo, ha cesado la mala inteligencia que había, y nuestras colonias representan á una todo cuanto queda de histórico en ese joven suelo, sin contrastar

todo cuanto hay también de progresivo, pues nuestra España se ha redimido también de tiranías seculares merced al numen vivificador de la creadora revolución de Septiembre, que nos dió los derechos individuales y el gobierno de la nación por sí misma en toda su verdadera plenitud. Entre las colonias hispanas de América luce con luz vivísima esa de Méjico, quien al par presta un culto religioso al espíritu español histórico y al progreso universal moderno. Bien es verdad que tiene á su cabeza la colonia un hombre como tú, patriota entre los patriotas, consagrado á defender el honor nuestro á todas horas, y á decirnos todos los días, no sólo en obras, como tus folletos y tus artículos, de mérito extraordinario, en actos de caridad que, aun siendo colectivos, diriges y organizas, como la nación nuestra está viva en esas familias nunca desarraigadas del suelo nacional por su ausencia, y cómo, si América debe ofrecer á España y á sus recuerdos el sentimiento de una piedad filial sin término, España debe concentrar en América, republicana é independiente, sus más vivas esperanzas de glorioso renombre y de viva perpetuidad. Pensador profundo tú, economista de primer orden, maestro en una política desligada de todo ensueño y atenta de suyo á la realidad y á la historia, verdadero biólogo social, dotado con una observación certera y con una ciencia vastísima; en tus obras y en tus conversaciones me has explicado mil veces con exactitud matemática y con magistral acento la serie de sendas evoluciones que deben verificar América y España para llegar á una conjunción espiritual íntima y análoga con la que tuvieron en otro tiempo, sin detrimento alguno de su respectiva independencia y de sus mutuas y naturales autonomías. Por estas razones, por tu patriotismo y por tu ciencia, te dedico la HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, destinada en mi propósito á unir el viejo y el nuevo mundo español, y te pido la lean en esas tierras apartadas tus hijos, los cuales tendrán dos patrias en la cada día más cordial intimidad y en el cada día más intenso amor entre los dos continentes. Presen-

ciaste tú la sesión del Congreso en Febrero de 1888, donde yo anuncié á la Cámara, movida como nunca jamás al eco de mi palabra, el propósito irrevocable de consagrarme á escribir la Historia de España después de haber reconquistado la libertad y la democracia en porfiadísimo trabajo. Decía entonces: «Yo no puedo cooperar activamente al gobierno de una monarquía democrática por lo que tiene de monarquía; yo no puedo combatir al gobierno de una monarquía democrática por lo que tiene de democracia. Yo, nunca, jamás, antes me arrancaré la lengua, lo juré en la madrugada del 3 de Enero, yo nunca combatiré á ningún gobierno liberal, y mucho menos á ningún gobierno democrático. ¡Ah, señores! Yo concluiré mi vida por donde la he comenzado. Cuando era joven, yo enseñaba oralmente, de palabra, en mi cátedra, el amor patrio á hombres tan ilustres como el señor Moret, como el Sr. Gamazo, como el Sr. Duque de Veragua, como el Sr. Marqués de Sardoal. Que se levanten todos, y que digan si, reunidos allí, no formábamos de nuestra España una especie de divinidad, y no nos prosternábamos todos los días en su presencia. Pero ya no puedo hacer esto oralmente, porque la oratoria es un arte de jóvenes y no es un arte de viejos; la oratoria necesita fuerzas que aun tengo, pero que se me acabarán muy pronto. Yo me dedicaré á escribir la historia nacional, si vosotros dais la libertad con la democracia. Y á medida que mi sangre se hiele, que mis ojos se extingan, que mi voz se apague; aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y con los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este cielo, como estrellas y luz pusiera Dios, acaso me rejuvenezca, y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya, en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares como esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para contar esta grandiosa transformación en que las instituciones faraónicas se han

hundido y ha llegado la libertad; y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios fríos la tierra nacional, y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.» Empiezo con este volumen el cumplimiento de mi palabra.

Tuyo siempre, amigo del alma,

EMILIO CASTELAR.

PRÓLOGO.

NADA más propio del artista y del poeta que requerir la originalidad; nada más impropio del historiador y del político. Sugestiones y hechuras de genial inspiración, las obras artísticas y poéticas ostentan el sello indeleble de una sola personalidad, la cual surge sin predecesores casi del suelo al Olimpo, y está condenada por su nativa grandeza en el tiempo á no tener herederos, conforme ha sucedido con Shakespeare y con Cervantes. Pero, ajenas á la voluntad individual y á nuestro íntimo albedrío las humanas sociedades, y su forma el Estado, parecen como una obra secular de las estudiadas por el geólogo en los espacios terrestres; y más ajenas aún las edades que se han sucedido en el transcurso de los tiempos, el estadista, y sobre todo el historiador, deben atenerse á la realidad objetiva y no á la subjetiva creencia ó idea. Sin embargo, fenómeno frecuentísimo en historia y en política la sustitución del pensamiento individual á las grandes objetividades, que han surgido en el tiempo y en el espacio, tan fuera y tan lejos y tan aparte de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento, como el suelo en que nacemos ó el aire que respiramos. ¡Cuántas veces un historiador se pone á disertar sobre lo que hubiera pasado en